



Crónica Literaria

Por ALONE

"Visión de Ercilla y Otros Ensayos", por Alfonso Buñes. Prólogo de Raúl Silva Castro (Andrés Bello).— El día de su muerte, por la mañana, ya con dificultades para hacerse entender, pidió el autor de este prólogo sus originales e indicó dónde y cómo podrían hallarse en su escritorio de la Editorial Fardilha. Los quería revisar. Los encontraron y pudo darles una mirada, la última que dio a ese mundo de las letras en que tan larga y apasionadamente había vivido.

Después, marchó a juntarse con su autor.

No uno ni otro pensaban que no alcanzarían a presenciar la aparición del libro.

Más, aunque "todos saben que se deben morir, pero no lo creen", hay en el fin de Silva Castro una sorpresa que lo hace aún más doloroso, más violento. La enfermedad lo cogió de súbito. Su organismo era excepcionalmente sólido y, al parecer, invulnerable, como un hecho para la enorme tarea que proyectaba: "Historia General de la Literatura Chilena", completa, minuciosa, exhaustiva, cuyos materiales iba acumulando a través de artículos, opúsculos, folletos y, fuera de la documentación impresa, ordenadísima, voluminosa considerable que componen las bases de un monumento.

Hubo como la ruptura de un porta, la violación de una ley y la tracción a una promesa; todo lo que hace más difícil la restauración.

No debemos acullar, sin embargo, que, a veces, una pasión abarcatadora nos pareció desmesurada. Halláramos dudoso que mereciera tanto esfuerzo conservar, imprimir y examinar cuanto se había escrito en Chile, una excepción. Hay demasiados libros en las bibliotecas. Si ese criterio se aplica a un pequeño país, sin mucha importancia, ¿qué dejar para las literaturas inmemoriales de valor universal?

Pero el tenía otro criterio.

Y ahora debemos reconocer que no le fallaban razones a su ambiciosa empresa. Sin ella, careceríamos de las piezas necesarias para nuestro tesoro literario que en esta obra se recoge y cuyo autor, desengañado, propenso a subestimar, había diluido perdidos en publicaciones periódicas de existencia efímera y difícil acceso.

Alfonso Buñes se forjaba penas flustantes sobre sí mismo. Su breve biografía personal lo demuestra. La lectura de "Visión de Ercilla y Otros Ensayos" viene a confirmarlo.

Como todo artista que ama de verdad su oficio, tenía en su fuero interno, conciencia o subconsciente, una imagen, como ahora se dice, una idea o ideal, como antes se decía, y a ella procuraba ceñir las líneas de su pensamiento, su modo de expresión, la enunciacón de sus frases y el ritmo de los períodos. O sea lo que se suele llamar estilo, equivalente de la personalidad.

La selección hecha por Silva Castro permite apreciarlo con justo relieve.

Lo más saliente en ella es la calidad, la dignidad, una especie de señorío de raíz hereditaria que emana el mayor sentido de la palabra "clase".

Por lo demás, no cuesta comprenderlo.

Debía de resultarle ardua evitar, aunque nunca la olvidara, la presencia de los antepasados y su grave arambilla. Caían un período desahogado extenso, sobresaliendo entre todos, de nuestra formación histórica. Allí los supremos mandamientos abundan.

Hija, esposa y hermana de Presidentes, su abuela, doña Enriqueta Pinto de Rojas, hablaba de La Moneda como de su casa, repetía anécdotas de don Andrés Bello. Olvidada con los años de su muerte, preguntábale por él a un sobrino y éste aprovechaba la ocasión para decirle que lo había visto muy joven, sin embargo, al aire libre; lo que inmediatamente determinaba una contribución en su beneficio. También debían de exhibir sombras flustres el retrato del abuelo con la banda herida, el escritorio donde firmó leyes y decretos y, más viva que la estatua en la Alameda, la espada del vencedor de Yumbay, las llaves de Lima, piezas de museo, labradas en oro y cargadas de recuerdos.

Todo ello, querido o no el escritor, moldeó su fantasía, influyó en su sensibilidad y pesó sobre el delicado organismo de las palabras, expulsando unas, atrayendo otras y coloreándolas desde la distancia.

¿Gratificaron, a veces, demasiado? ¿Lo colmieron un poco?

Moderaron, en todo caso la vena irónica que sus primeras producciones hacían relucir y que brilla en obras minuciosas, como la de Sanfuentes, apretada, puntante, maliciosa, aunque tan sin veneno que el militarista fue nombrado Secretario de la Presidencia y que alcanzó un esplendor señorial a la gloriosa estampa de doña Dolores Milla, la dama inconfundible.

Después el humorista juvenil y travieso destiló hacia la historia, la crítica de arte, el ensayo, sembrando de porte mayor que donantes el tanto volumen de los clásicos de la lengua. Hasta allí lo conducían su tradición española y hasta una rancia profesional: antes que alto funcionario, Superintendente de la Casa de Moneda, Embajador de Chile en Lima, Alfonso Buñes ensayó, tuvo una ctedra que servía a conciencia. Los viajes y las lecturas ampliaron su curiosidad, refinando su competencia, como lo vemos en esta "Visión de Ercilla", como en los cuadros de "El Griego" y "El Grieco", grabados al agua fuerte, donde se suceden los fragmentos de anécdotas.

Pero la otra veta no había desaparecido, y cuando la ocasión lo pide, vuelve la sonrisa.

A veces suelen presentarse de un modo inesperado.

No parecía ofrecerla, por ejemplo, el elego académico de un sabio ante la Facultad de Bellas Artes; pero ese sabio era inglés y se llamaba don Ricardo E. Latham. Un hombre original, agradablemente pintoresco. Entre salidas y reverencias protocolarias, Alfonso Buñes refiere la llegada del joven investigador desde Inglaterra, a los 19 años, y sin saber palabras de español lo vemos encaminarse derecho a la "Arquitectura".

En una ruka recibe la hospitalidad de un cocinero, cuya lengua ignoraba y que, por cierto, tampoco sabía inglés. Ello no obsta para que ambos se riern, se sonrían y hagan todas las gestos de una conversación. Hasta que llegó la hora de dormir. "... es mejor imaginar solamente —agrega— el resto de la noche, el silencio que reinaba, la lluvia sin tregua, el paulatino extinguirse de la fogata, la aparición de una mora, sus grandes risoladas", y, conducido por el esquiso al lecho preparado, la confusión del inexperto adolescente al encontrarse instalada allí a la muchacha que no lo dejaba solo. A la escena nocturna, sigue el cuadro matutino de los estudiantes en el río, más necesarias después de esa noche, y la curiosidad de otras cosas que veían entre los árboles acuchando al baño de desnudo. Una escena primitiva e idílica, buena para reposar a los profesores de bellas artes.

El cuento vuelve a desarrugarse en "Una Vida al Servicio de la Sociedad", la de don Manuel de Salas, equilibrado entre el siglo XVIII y el XIX, estudioso en el primero, realizador impecable en el segundo, en ambos serio, útil, eficaz, poquito candoroso como suelen ser los de su raza. Don Manuel de Salas desmenuza la molición. Rindele toda suerte de homenajes Alfonso Buñes y lo presenta como figura ejemplar de trabajador por el bien común; pero el noble señor viajó a Madrid, llevó durante su viaje un "Diario" y el comentarista no puede menos de citar las observaciones que hizo. "Salí muchas veces a mirar al Rey —dice—, pero su mano un día, tuvo otro día el privilegio de verlo comer... Vi una flautista, repeticiones administrativas, establecimientos de instrucción. Le mostraron reliquias... En Astoria, cuenta, guardaba la Catedral un pedazo de la vara de Aroon, tres grandes mozas de San Cristóbal, una redoma de cristal labrado, con pla y cuello de plata, que había pertenecido a la Santísima Virgen". No muy lejos, entre las cosas raras: "Palmas a ver, en la casa de las vacas, un buey que da de mamar a no tenerlo". Es algo que tal vez no enseñen a sus alumnos de hoy los profesores del Liceo Manuel de Salas.

Agradecemos de nuevo a Silva Castro la pasión bibliográfica que le impulsó a librar del olvido, en esta obra, facetas del espíritu múltiple de Alfonso Buñes, que, de otra manera, muchos no habrían sabido descubrir. Otras completan su personalidad, le imprimen relieve y la realzan.

No alcemos a estrecharlo aquí la mano al autor en un apretón de gratitud; pero nada impide ceñir en que lo habré esperado con ella tendida.

Visión de Ercilla y otros ensayos [artículo] Alone.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Visión de Ercilla y otros ensayos [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile